

LA CIUDAD SIN NOMBRE

Es invierno en esta extraña ciudad. Veo a través del ventanal de un café, gente que pasa apresurada buscando cobijarse de la incesante lluvia que da un matiz de melancolía al ambiente. Propicio para que viejos recuerdos acudan a mi mente.

Me parece increíble haber retornado, después de jurar nunca más hacerlo, pensé bebiendo otro sorbo de café caliente mientras mi mente viajaba por el tiempo. Volví a contemplar aquellas calles de la ciudad como hace veinte años atrás, cuando un extraño suceso cambió mi vida por completo y me obligó a abandonar la Vieja Ciudad.

Dejé cinco pesos sobre la mesa y salí del lugar. Encendí un cigarrillo en la puerta y caminé solo por la inmensa avenida, sin reparar que la lluvia mojaba mi ropa y mi rostro. Caminé intentando despejar mi mente y ahuyentar los recuerdos, pero me di por vencido sentándome en una banqueta del parque asiendo fuertemente entre mis manos un crucifijo que me entregó mi esposa antes de morir, y que siempre lo llevo conmigo.

Es difícil creer en algo que no ves y es más difícil aun aceptar que lo viste cuando nunca antes creíste en su existencia, pues bien, voy a relatar la experiencia más extraña que viví, la palabra miedo, se queda corta para definir lo que sentí aquella vez, pues esto no se trata de una simple visión o fantasía mental, sino que se remonta a todo aquello que va más allá de la percepción de los sentidos y del entendimiento humano.

Era también invierno hace veinte años, cuando llegué a esta ciudad en busca de trabajo y empezar una nueva vida, después de haber perdido a mi esposa y a mi hijo en un accidente automovilístico. Yo fui el único sobreviviente, pero no salí ileso del percance, terminé con una terrible hemorragia interna que casi me lleva al mismo lugar en el que ahora se encuentran mis dos seres queridos.

Recuerdo que cuando llegué a la Vieja Ciudad, me aloje en el Hotel “Castelle” junto a un joven abogado que venia al igual que yo en busca de un trabajo, su nombre era José y hacia algún tiempo ya que éramos amigos. El hotel era sin duda alguna una reliquia arquitectónica, que conservaba hasta los mas mínimos detalles antiguos seguramente de muchos siglos, cuidadosamente colocados pero, el ambiente era extremadamente frío.

Nos ubicamos en una misma habitación cómoda y amplia siendo los únicos hospedados en el inmenso hotel. Nuestra pieza tenia las paredes tapizadas de un terciopelo color marrón ya deteriorado por los años, dos camas amplias separadas por un velador pequeño y viejo, y sobre este una antigua pintura de una joven y hermosa mujer, la que extrañamente llevaba atravesado en el cuerpo un puñal, pese a esto ella sonreía con cierto sarcasmo. En la parte inferior de la pintura, se leía: “Ruega por nuestras almas señor”.

El viaje había sido cansador. El intenso frío penetraba hasta los huesos, aunque José decía no sentirlo ya que la temperatura para él era normal; me dispuse a darme un baño caliente mientras mi compañero descansaba. Con el agua casi al borde de la enorme tina, me sentí aliviado e inevitablemente vino el amargo recuerdo de mi esposa, cuando rompiendo el silencio escuché la voz suave de José llamándome como si necesitase un favor. No le presté ninguna importancia

mientras continuaba sumergido en el agua, más de pronto nuevamente escuché que me llamaba, esta vez con más fuerza.

-¿Que deseas? Estoy dándome un baño- respondí.

- ¡David, David, David!- gritó desesperado, insistía tanto que me puse la bata como pude y salí corriendo hacia la habitación. De pronto la luz se cortó y tuve que salir en tinieblas. Lo que sigue es algo de una cadena de sucesos terroríficos, difícil de explicar, pues lo vi recostado en su cama descansando, me acerqué lo suficiente para constatar si estaba bien. El espectáculo era aterrador, su cuerpo no estaba presente, es decir, que solo su cabeza estaba sobre la almohada, tenía los ojos blancos y la boca desproporcionadamente abierta, como si estuviese en estado de shock. Por breves minutos me quede atónito observándolo, sin articular palabra alguna. Volviendo a la realidad, solo atine a levantar su nombre y lentamente, con mucho miedo, mis manos buscaban su cuerpo que había desaparecido, hasta que como un espejismo fue reapareciendo sobre el lecho. Su rostro empezó a adquirir normalidad, y volviendo en sí, quedó mirándome fijamente, como ajeno a lo sucedido. Con total tranquilidad inquirió porqué gritaba tanto; confundido y aterrorizado aún, no supe explicar lo sucedido.

Más tarde, durante la cena, todavía impresionado le pedí detalles de lo acontecido. Me dijo que todo fue un sueño e insistía en restarle importancia, aunque en el fondo yo percibía en él enorme preocupación. Después de un silencio, me dijo que sintió una mano fría recorrer su vientre, logró sujetarla y al volcar la mirada encontró a una mujer recostada junto a él cuyo rostro era horrible.

- No me digas que sientes miedo- articulé muy seguro- Vamos hombre, esas son cosas de niños

- ¿Pero como explicas lo que tú viste? replicó.

- Fue extraño, lo acepto, pero talvez me lo imagine- dije aparentando indiferencia, cuando en realidad estaba igual o más asustado que José. Como médico entendí que no era aconsejable insistir en el tema.

- Esta ciudad es muy antigua, afirmó en tono de tristeza. Siento escalofríos, talvez deberíamos irnos, ya que hace un instante escuché comentar al personal de servicio del hotel, que la ciudad no acepta extraños, al colmo que nunca vienen turistas.

- No me digas que crees todos esos mitos entupidos que inventa la gente. Vamos, termina tu café y volvamos a la habitación- dije. En ese instante sentí una mezcla de lástima y preocupación por aquel muchacho joven y sin experiencia. Me recordaba al hijo que perdí.

A la mañana siguiente, muy temprano me presenté en mi nuevo trabajo al igual que mi compañero en el suyo. El edificio del hospital era antiguo como los demás, de ahí el nombre - de Vieja Ciudad- concluí. Era extraño pero todos los sitios y calles por donde pasé, en tan escasas horas de permanencia, tenían un aspecto lúgubre que me causaban una incesante sensación de que algo malo sucedería en cualquier momento. La gente de mirada huraña y furtiva, parecía esconder algo y notoriamente me evitaba como huyendo de mi presencia. Todos tenían el mismo aire de misterio, así que el frío que sentía no solo era del ambiente sino de sus habitantes. A media mañana y aterido de frío, me dispuse salir de mi consultorio en busca de una taza de café caliente. Rápidamente ingresé a un antiguo elevador, sin percatarme que nadie lo utilizaba. En su interior se encontraba una mujer vestida de negro y con el rostro cubierto. En apariencia era joven y con un penetrante olor a rosas, además parecía que me aguardaba ya que el elevador no estaba en funcionamiento cuando oprimí el botón de apertura.

- Perdone- le dije disponiéndome a salir del ascensor para bajar por las escaleras.

- Pase, no tengo prisa- respondió con voz que más parecía un sonido gutural.

Ingresé al estrecho espacio, sin hacer comentario alguno, ubicándome justo a su lado. Un escalofrío sobrenatural casi congeló mi cuerpo a medida que me acercaba al suyo, mi respiración se tornó agitada y violenta, mis manos temblaban y sentía que se erizaban mis cabellos.

- Me llamo Ana, Ana Mort. Usted no pertenece a este lugar – me dijo con su extraña voz.

- No, ¿perdió a algún familiar?- me atreví a preguntar viendo el negro de su vestimenta, al mismo tiempo contenía el aliento. Mi propósito era descubrir quien se escondía detrás de ésa extraña apariencia.

- La gente muere cuando es mala, talvez su esposa lo era - me respondió.

La miré sorprendido intentando ver su extraño rostro cubierto por un fino velo negro que provenía de un elegante sombrero, creyendo que se trataba de alguien que conocía a mi familia, o talvez a mi esposa fallecida. Mis ojos recorrieron su figura en busca de algo que la identifique, todo en ella era misterioso. De inmediato se abrieron las puertas y salió apresurada y sin darme tiempo para decir algo. Se detuvo de improviso, volteó el cuerpo aprovechando mi confusión y me dijo con voz profunda, como proveniente de algún lugar secreto:

Talvez desea saber quien soy y cual es mi nombre, no se preocupe que me encontrará en cualquier lugar y en cualquier momento, así que Ud. como yo tenemos prisa para hablar, por lo que le advierto que no me gusta esperar mucho tiempo. Quedé perplejo en el ascensor por la advertencia que sonaba a una orden.

No obstante el temor que me inspiraba aquella mujer, salió a relucir el hombre mundano que todos conservamos en nuestro interior, por lo que la propuesta me pareció muy generosa creyendo que se trataba de una hermosa mujer que ocultaba su belleza bajo una vestimenta nada usual, así que decidí aceptar el reto para averiguar, además de otras cosas, donde conoció a mi esposa y como sabía que ella había muerto. Debía hacerlo en el momento, por lo que puse el elevador en descenso saliendo presuroso para alcanzarla, más para mi sorpresa en el largo pasillo no había absolutamente nadie. Di unos cuantos pasos muy lentamente pensando ordenar mis ideas, cuando escuché los gritos de dolor de una mujer entremezclado por un llanto desgarrador que me paralizó varios minutos. Todo parecía provenir del mismo infierno. Sentí las manos y el cuerpo empapados de un helado sudor, volviendo apresurado al elevador con dirección a mi consultorio que parecía el lugar más seguro.

Pensativo con los brazos sobre mi escritorio, trataba de buscar sosiego mirando a través del cristal que daba a la calle. El ingreso abrupto de José casi me hizo saltar de mi asiento.

- David, ¡he visto algo horrible todo el día! ¿Me estaré volviendo loco?

- ¡Que sucedió!, tranquilízate y cuéntame todo – le dije sujetándolo paternalmente del brazo, su rostro desencajado, sus ojos desorbitados y una palidez intensa, le daban un aspecto terrible. Entre llanto compulsivo apenas balbuceaba.

- ¡El demonio! En el baño, en mi oficina, en mis sueños ¡Dios mío! ¡Dios mío por favor pretéjeme!

- ¿Viste a una mujer? – pregunté. Volteó la cara y casi a gritos me dijo:

- ¡Por Dios! David esa no es una mujer, ¡es un monstruo!

Los gritos que retumbaban en el viejo edificio, hicieron que médicos y enfermeras acudan presurosos a mi consultorio para calmar a José que fuera de si parecía enloquecer. Le inyectaron dos calmantes y quedó como paciente del hospital sumido en un sueño profundo.

Por la noche de aquél terrible día, antes de volver al Hotel, me dirigí a la pieza del hospital donde José descansaba. Lo encontré sentado sobre su cama, con el rostro entre las manos y balanceando su cuerpo aceleradamente.

- ¿Estas bien? Que pasa José.

- Me miró como buscando protección. David, no me dejes solo, marchémonos de este lugar... algo muy malo sucederá. – Retomando fuerzas, me confesó que mintió y no me contó lo que había soñado para no alarmarme. Esto ocurrió así, dijo encogiéndose entre las sábanas:

Anoche, después de aquél episodio, logré conciliar el sueño a duras penas para sufrir otra pesadilla horrorosa. Estaba caminando sin rumbo por las calles de la Vieja Ciudad, la gente me miraba espantada y huía despavorida como si fuera un ser salido de otro mundo. De pronto apareció frente a mí un enorme espejo, me acerqué temeroso, pero ¡sorpresa! mi cuerpo se reflejaba sin cabeza, estaba decapitado. La sangre brotaba a borbotones manchando mi ropa. Una mano horrible y peluda me arrastró hacia un rincón oscuro asestándome feroces golpes con un hacha que se hundía en mis carnes con un sordo sonido. Todo esto sucedía mientras contemplaba a través del espejo, como destrozaban mi humanidad.

David, te pido perdón por no haberte relatado este suceso durante el desayuno, pero no aguanto más estoy tan desesperado que temo enloquecer, suplicó angustiosamente. Hoy por la mañana, luego de llegar a mi oficina en el edificio donde contrataron mis servicios de abogado - continúo con la narración- me instalé disponiéndome a empezar mi trabajo, de pronto vi sentado en el sofá a un hombre que vestía un traje antiguo, sus irritados ojos estaban bordeados de unas ojeras profundas. De su descomunal boca, le salía una incompleta y amarillenta dentadura dándole un aspecto feroz. Su nariz ganchuda era atroz y sobresalía al sombrero que cubría una cabeza inusual.

Retrocedí espantado, y le pregunté por donde ingresó, la puerta estaba herméticamente cerrada. Me vio y se acercó tanto que sentí su fétido aliento. Me tomó de las solapas y me estrelló contra la pared, con tal violencia que sentí un dolor intenso en la espalda. Un perchero empotrado se clavó en mi cuerpo. De su boca salió una advertencia:

No es bienvenido a la Vieja ciudad, así que váyase o se arrepentirá toda su vida. Estalló en una diabólica y estruendosa carcajada, soltándome con violencia. Despavorido salí de la oficina ingresando al baño para mojarme la cabeza con agua fría; me restregaba, cuando instintivamente miré el espejo entre los dedos por los que se escurría el líquido. Una mujer estaba de pie a mis espaldas vestida de negro, la misma del retrato, pero ¡por Dios esa cosa no era una mujer! ¡Era un demonio! Al quitarse el velo que cubría su rostro, pude ver sus ojos inyectados en sangre, su pálida piel le daba un aspecto cadavérico. De su boca, con un fondo negro, sobresalían dos enormes dientes hacia fuera, sostenidos en su mandíbula inferior que se confundían con la terrible y peluda nariz. De entre sus ropas salieron dos brazos cubiertos de pelo, cuyas manos largas y huesudas se extendieron hacia mi cuello para estrangularme, de las que apenas pude esquivar. El suelo estaba mojado y en el intento de escapar de aquél engendro, resbalé cayendo pesadamente al piso junto a sus pies que no eran otra cosa que dos horrendas pezuñas despidiendo un intenso olor a cuero y azufre inundando el estrecho lugar. Me incorporé y salí corriendo al borde de un infarto en busca de ayuda, hasta que te encontré y el resto de la historia ya lo sabes. David, si lo de anoche fue un sueño, estoy seguro que lo de hoy fue realidad, pues no estaba dormido sino despierto y lúcido, prueba de ello es la herida que llevo en la espalda producida por el gancho de la pared. ¡Mírame, acá está la evidencia! exclamó entre sollozos.

Cuando concluyó, el miedo hizo presa de mí, pues experimenté otro momento horrible por la mañana. La mujer que habló conmigo podía ser la misma que asustó a José, así que las evidencias eran tan convincentes, que no cabía duda sobre la magnitud del peligro que se cernía sobre ambos. No eran bromas, sino realidades de las que había que huir. Nadie podía urdir una broma que casi mata a José, de donde aquello que a un inicio me pareció una jugada de mal gusto empezó a cobrar cuerpo. La Vieja Ciudad, parecía rechazarnos en verdad. Creyendo que estaba más tranquilo, me aprestaba a salir de la pieza cuando José se aferró de mi brazo suplicándome que no me vaya. No obstante sus ruegos logré salir a la calle. Hoy, veinte años después, comprendo que no debí dejarlo solo.

Fumando iba camino al hotel. En el trayecto me percate que extrañamente las calles estaban casi vacías, con todo seguí mi camino. Apresuré el paso para alcanzar a una persona que venía hacia mí. Casi frente afrente, se paró en seco y me dijo:

- Ven conmigo a un lugar donde estar solos, además quiero que conozcas la Vieja Ciudad ¿ Me acompañas? prometo que no te arrepentirás - La luz tenue de la bombilla de la esquina me permitió identificar a la persona; era la mujer que encontré en el elevador, aunque me parecía más femenina. El miedo me quería doblegar, aunque sacando fuerzas de flaqueza acepté la propuesta. ¡Ay maldita la hora que hice aquello;; me tomó de la mano y de un jalón me puso a caminar. La suya estaba extremadamente fría, aunque descomunal y casi helada, como si no tuviese vida. No recuerdo por donde me condujo, apenas recuerdo que eran callejones oscuros y silenciosos. Estaba mareado, como si habría ingerido alcohol.

Llegamos a un lugar iluminado por cientos de cerillos de cebo, impregnado por un exquisito olor a rosas. La mujer parecía normal, por un momento creí que era otra, diferente al de la mañana. Sin razonar, me acerqué para besarla, ya cerca de su rostro un escalofrío recorrió mi cuerpo. Debajo del velo negro estaba la imagen blanca de la muerte, era una calavera no un rostro. Grité con todas mis fuerzas, pero ni un sonido salió de mi garganta. Sus pies cadavéricos no tocaban el suelo, ¡ella flotaba! Como un alma condenada, sus manos largas y huesudas emergieron como dos tenazas del traje negro, alcanzando mi rostro. Oía gritos espeluznantes, lamentos y sollozos que parecían provenir del mismísimo infierno, la fragancia a rosas se convirtió en una emanación asquerosa, más repugnante que el olor que despiden los cadáveres, un olor a infierno.

Salí corriendo, despavorido, impregnado por el nauseabundo olor. Afuera en las calles, la gente ataviada con trajes antiguos, veía sin mirar. Sus caras de color ocre, presentaban un aspecto diabólico. Era una ciudad de almas condenadas, nadie tocaba el suelo con los pies, todos flotaban, unos tenían los miembros destrozados, a otros les faltaba una parte del cuerpo, los demás sangraban profusamente de heridas profundas. Los más, llevaban cubierto el rostro con sedas oscuras arrastrando en los pies pesadas cadenas lanzando lastimeros gritos y lamentos por las faltas que en vida cometieron. Pagaban sus culpas vagando en ése antro de vivos estando ya muertos.

Uno que otro se acercó a mí, mientras huía enloquecido. Llorando sonreían, mostrando sus rostros espeluznantes, queriendo alcanzar mis ropas con sus descarnadas manos.

Mis gritos horrorizados morían en mi interior, pues nadie me escuchaba. No sabía donde ir ni a quien acudir en aquél espectáculo dantesco. Corrí hasta que el corazón parecía salirse por mi boca. Me arrinconé en un lugar desfalleciente, hasta que la muchedumbre de seres asquerosos me rodeó implacablemente. Las uñas crecidas de sus terribles manos, arrancaban la piel de mi cuerpo como si dentro de mí habría un trofeo que pretendían extraer. Sentí, como desprendían hasta mis arterias más pequeñas desgarrándome con crueldad. Mi sangre salpicaba sobre ellos, que feroces

continuaban con su macabra tarea hasta que sentí que la muerte, traducida en la desesperada búsqueda de consuelo a mis desdichas y a mi dolor, era para mi un acto necesario que me habría de liberar de semejante suplicio. Próximo a la muerte, escuché decir al mismo demonio que esperaba satisfecho la furia de sus dependientes, “esto es lo que te depara la Vieja Ciudad”. Mientras daban fin con mi sanguinolenta humanidad, entendí que ningún dolor supera al que sufrí aquella noche infernal. Mis gritos y mi llanto se perdían a medida que fui muriendo desangrado y mutilado. En el final, mi mano dificultosamente buscaba en mi bolsillo el crucifijo que fuera de mi esposa... y me perdí en el infinito de la muerte....

Al día siguiente, desperté tendido en el cementerio de la ciudad, muy cerca de una lápida cuyo epitafio decía: “Aquí yacen los restos de Ana Mort, la novia del diablo”. La mujer murió joven hace más de 100 años. Mi cuerpo estaba completamente adolorido y bañado en sangre que no era la mía. Desde el suelo me tocaba para comprobar si todo fue sueño. Luego ya de pie, y con mucha dificultad comencé a caminar sin rumbo con el terror reflejado en la cara. La población real, me observaba indiferente como si conociera lo sucedido. Haciendo un esfuerzo sobrehumano llegué hasta el Hospital a pedir ayuda. Más o menos a las tres de la tarde, recobré el conocimiento en la misma pieza donde se encontraba mi compañero, me levanté presuroso para hablar con él, pero ya no estaba ahí, se había suicidado ahorcándose con una sabana la misma noche de la víspera que pasé la diabólica experiencia.

- Doctor, me refirió la enfermera de turno, su compañero José se puso como loco anoche, gritaba y se golpeaba repetidas veces la cabeza contra la pared., nadie lo podía controlar. Decía que veía imágenes monstruosas y que quería irse antes de que fuera muy tarde. Le inyectamos calmantes, pero después de dos horas, no se como pudo hacerlo, pero lo encontramos muerto colgado en el baño. Baje la cabeza y comencé a llorar mientras me culpaba por su muerte, él me previno lo que ocurriría, pero no lo escuché, y si atendía sus súplicas, nada de esta horrible pesadilla habría ocurrido.

- Y a usted ¿que le ocurrió?- dijo señalando mi ropa sucia y ensangrentada – doctor, no sabe cuanto me asusté al verlo así, creí que había enloquecido o que iba a morir. ¿Quién le hizo eso? – No respondí – Doctor, aunque no lo diga, yo sé quien lo hizo y todos aquí lo sabemos – la miré sin articular palabra alguna, nuevamente el miedo invadió mi cuerpo. – doctor, déjeme darle un consejo, el mismo que se lo di a José y discúlpeme por no haberle dicho antes. Existe una vieja leyenda en la Vieja Ciudad, se dice que hace más de 100 años, esta era una ciudad del pecado, tal como lo fueron Sodoma y Gomorra. Aquí se adoraba el dinero y los placeres; es decir, se adoraba al demonio. Se dice que la ciudad era la más rica del mundo debido a que los habitantes habían vendido sus almas al diablo. Hasta que una mujer, la más hermosa, hizo contacto con él y prometió casarse a cambio de riqueza y poder sobre los humanos. Cuando el Diablo cumplió la parte del pacto concediendo todo lo pedido, ella se casó con otro hombre e intentó escapar de la ciudad.

El Demonio, lleno de ira, castigó a toda la ciudad dándoles miseria y hambre, ordenando que varios de sus súbditos arrastrasen a la mujer por las calles para escarmentar a sus habitantes, hasta que al final le arrancaron la piel y la descuartizaron cruelmente. Desde entonces se dice que todos los que nacimos en la Vieja Ciudad, estamos malditos y cargamos como cadenas los errores de nuestros antepasados y que nunca podrá existir entre nosotros alguien que no tenga culpa alguna, de lo contrario la Ciudad terminaría condenando a las almas de inocentes que la visiten. Doctor, la ciudad no acepta extraños porque todos los que moramos aquí estamos condenados a morir en este lugar – hizo una larga pausa – la ciudad que no tiene nombre, o no se lo nombra, nosotros la

llamamos Vieja Ciudad. Doctor, usted debe irse lo más pronto posible, sino lo que pasó anoche ocurrirá nuevamente pero con mayor crueldad.

Sentado en la banca, viejo, solo y enfermo comprendo que no poseo otro tesoro más que mis recuerdos. La lluvia no cesa y he vuelto a la maldita ciudad que casi terminó por enloquecerme, o talvez matarme, para cumplir con un compromiso que adquirí en memoria de mi amigo José. Me levanté de la banca con otro cigarrillo encendido entre los labios caminando hacia el cementerio, en el trayecto compré unas flores compré para dejarlas sobre la fría tumba mojada por la lluvia. Vine a despedirme, le dije tristemente, pues sé que la vida ya no me dará tiempo para volver otra vez. Un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo en ese instante, y después de una oración, salí del lugar rumbo al andén para abordar el tren que ya partía. Miré a mí alrededor, los pasajeros, por su aspecto parecían del lugar, así que ninguno de ellos condenaría a un inocente, como dice la leyenda. Todos viajaban taciturnos y en silencio, los contemplaba, mientras daba las gracias a Dios por haberme salvado de la muerte en aquella infernal ciudad cuando pudo hacerlo. Se que la vida me abandona con cada segundo que pasa, mi cuerpo viejo ya esta cansado, pero prefiero morir condenado a una enfermedad que morir condenado a vivir en el infierno, pagando por culpas ajenas y en una ciudad sin nombre que no es la mía. Nunca volveré a la Vieja Ciudad, y espero que tú querido lector tomes mi experiencia como un consejo y nunca lo hagas. Si lo haces, lleva un crucifijo contigo.